

de esta época de acabamiento y de languidez, se levantaba el alma de Mercedes al inusitado incentivo de una regeneración amorosa, jugando con las hechiceras creaciones de sus sueños, llamando á las visiones poéticas en su auxilio para emprender su encantada peregrinación por la región de los dulces sueños y de las auroras amorosas.

Mercedes sentía la sávia de su nueva vida como una de esas plantas silvestres moradoras de los desiertos y recogidas un día por hábil jardinero; todo era regeneración en su ser, y hasta le parecía que era otro sol el que la alumbraba, que era otra brisa perfumada y pura la que solía besar sus cabellos y la que aspiraba con desusada delicia; todo, hasta el aire empezaba á ser nuevo para Mercedes: era la mariposa que acababa de romper las paredes de

la crisálida en que vivió diez años, en que encerró una primera juventud precursora de una juventud reformada, lozana como la primavera; Mercedes, en fin, experimentaba en medio de un raudal de intuiciones desconocidas, el placer inefable de una alma que se diera cuenta de su metempsícosis con la conciencia de un ayer negro en la alborada de una vida edénica y sublime.

Mercedes se encontró de pronto frente á la naturaleza, y de pária de la vida se había convertido en uno de esos mil acentos que forman el himno del universo á Dios; para Mercedes comenzaron á tener un nuevo atractivo las flores, las brisas, los arroyos, las aves y las estrellas, y delectaba absorta la palabra «amor» en medio de su admiración y su enagenamiento.

Y no se crea que esto era la obra

de Chucho el Ninfo, no; este *quidam* se quedaba á cien leguas de distancia del oasis moral en que vivía Mercedes; Chucho no había sido más que la llave de cobre de un santuario espléndido.

El amor, exclusivamente, era el agente regenerador; y Chucho á este respecto había sido solo el niño indiscreto que entreabre la puerta de un tesoro.

Mercedes al romper su crisálida moral había buscado luz y espacio; y como hasta entonces había sido una de esas mugeres para quienes la poesía de la naturaleza no pasa de una gerigonza, comprensible solo para los que escriben coplas ó cosas por ese estilo; Mercedes, decimos, buscó de pronto por instinto ese templo grandioso que Dios mismo se formó para que lo adoremos; y una mañana en que con planta débil se encaminaba á la vieja y sucia

iglesia de la Merced, impulsada por la fuerza de la costumbre, volvió la cara y vió en la altura algunas nubes blancas que avanzaban con voluptuosidad bajo un cielo azul purísimo; la vista de Mercedes siguió las nubes y se fijó en seguida en las montañas del poniente esmaltadas por el sol, y presentando esas variantes misteriosas á las que la distancia les presta un encanto que atrae.

Sintió Mercedes lo que todos sentimos al ver un panorama ó una planicie distantes: el deseo de trasportarse allí. ¡Cuántas veces hemos contemplado las sinuosidades de una cordillera, las ondulaciones de una montaña, ó las vaporosas oscuridades de una arboleda y hemos deseado tener alas para trasportarnos á aquel lugar, con la idea de encontrar en él no sabemos que placer que nos aguarda!

Mercedes sintió esto y detuvo su marcha, y pensó en seguida con horror en las tres largas naves de la iglesia de la Merced, en su negro artesonado y en el pavoroso silencio de los altares; é impulsada por una resolución enérgica dió la vuelta y dijo á la criada que conducía á su hija:

—Vámonos.

La criada hizo un gesto de extrañeza pero dió la vuelta; á pocos pasos pasaba cerca de Mercedes un coche de alquiler, cuyo cochero, como si hubiera adivinado á Mercedes, le ofreció el vehículo.

Mercedes contestó al cochero parándose, y éste á su vez arrimó el coche:

Tres cuartos de hora despues, Mercedes estaba en las lomas de Tacubaya, cerca del Molino del Rey.

Doña Rosario supo esto y juro en

medio de un arranque de fervor y de pena, que el coche aquel era la barca de Caron y el conductor el diablo mismo en persona disfrazado de cochero del sitio.